

A FAVOR DE LAS NIÑAS

Gioconda Espina¹
giespina@gmail.com

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

Fecha de recepción: 04 de septiembre de 2015

Fecha de aceptación: 15 de septiembre de 2015

Resumen

El derecho de las niñas a una educación no diferenciada de la que se le ofrece a los niños es un derecho del que se habla apenas en el siglo XVIII. Antes, el lugar de la mujer es el del cuidado de sus hijos y de la vida doméstica, para lo cual requieren clases de corte y costura, cocina y quizás de lectura, para hacer más grata su compañía. Con la Revolución Francesa (1789) encontramos a Olympe de Gouges y el diputado Condorcet proponiendo una educación universal y gratuita para niños y niñas, así como a la autora del primer libro feminista: Mary Wollstonecraft, que confronta a J.J. Rousseau. Nuestra revisión concluye con la reflexión sobre el tema de S. de Beauvoir (1949) y la de la educadora Elena Gianini Belotti (1968, año del mayo europeo).

Palabras claves: utopía/vindicaciones/ educación.

Abstract

The right of little girls to an education undifferentiated from which it is offered to little boys is a right that is spoken only in the eighteenth century. Before, the place of women was that of caring for their children and domestic life, which require cutting and sewing classes, cooking and perhaps reading for making more enjoyable her company. With the French Revolution (1789) we find Olympe de Gouges and the deputy Condorcet proposing an universal free education for boys and girls, as well as the author of the first feminist book, Mary Wollstonecraft, who confronts JJ Rousseau. Our review concludes with a reflection on the theme of Simone de Beauvoir (1949) and the educator Elena Gianini Belotti (1968, year of the European May).

Keywords: utopia / claims / preschool.

1. Gioconda Espina es docente de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela y A.M.E de la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano, Foro de Venezuela.

Tengo más de 20 años acompañando al enorme Isaac Pardo en su afirmación de que deberíamos tener urgencia en promover una conciencia utópica. Más aún: que para promover esa conciencia para diseñar una utopía, es decir, para construir un mundo mejor al que tenemos, deberíamos planteárnosla como «un ejercicio fundamental obligatorio, como actividad de extensión cultural organizada y dirigida, a la cual aportasen su contribución las diversas ramas de la enseñanza superior» (I. Pardo, 1983: 751). En 1991 publiqué un libro en el que revisaba, como hizo Pardo el 83, diversas propuestas utopistas, pero haciendo énfasis en el lugar que a las mujeres daban sus autores. Fue un recorrido fascinante y revelador, que demostró que —hasta el siglo XVIII— las mujeres no fueron pensadas como sujetos de derecho sino sujetas a deberes siempre relacionados con el acatamiento al jefe de familia y su preparación para ser elegida por un señor y fundar una nueva familia en la que pudieran repetir las funciones aprendidas de sus madres y otras mujeres de su entorno, o por sus institutrices, en caso de ser niñas de familia con recursos económicos. Quien entonces fuera mi tutor de investigación tenía la idea de que debía comenzar yo con *La República* de Platón (probablemente escrita entre 390 y 385 a.c.), pues él creía recordar que ahí proponía Sócrates la igualdad de hombres y mujeres.

Me imagino ahora que el pasaje que recordaba mi tutor era aquél en que Sócrates dice a Telémaco, uno de sus contertulios: «Que las mujeres se consagren al estudio de estas artes (la música y la gimnasia), formarlas para la guerra y tratarlas como a los hombres» (Platón. 1973: 149). Pero muy rápido el filósofo aclara que eso no quiere decir que olvidemos que «la mujer es inferior al hombre» (p. 155) aunque, efectivamente, las haya valientes y cobardes, filósofas y no filósofas y «mujeres a propósito» para vigilar el rebaño del que depende el Estado y mujeres que no lo son. Es a estas mujeres «a propósito» que los guerreros deben elegir como compañeras. Los mejores «guardianes» de la República frecuentarán más a las mejores mujeres, de manera que «el rebaño no degenera» (p. 159); los hijos (comunes, como las mujeres y los bienes) se educarán en sitio aparte y todo esto será supervisado por unos magistrados que son —por cierto— los únicos que tienen autorización para mentir, si es por un fin superior de la República.

Después de Cristo no mejoraron mucho las cosas para las mujeres. 700 años después de Platón, San Agustín describió el Cielo que Dios ha prometido a quienes sostengan la fe, en *La Ciudad de Dios*, 22 libros escritos entre el 412 y el 426 d.c. En el Cielo los hombres y las mujeres serán inmortales, tendrán cerca de 30 años como Cristo al morir, no habrá ni

mutilados ni deformes pero, ay, todos serán castos. En esta inclusión de las mujeres en el Cielo, Agustín sigue a Mateo, porque Juan ni las menciona. El Cielo que Alá anuncia al profeta Mahoma y éste transmite en *El Corán* es, sin duda, más divertido para los hombres musulmanes, pero mucho más sexista que el casto cielo que describe Agustín: no están eliminados los placeres, sólo sus efectos: la embriaguez y la culpa. El Profeta ofrece a los píos que «Entre ellos circulará en ruedo la copa llena de agua corriente, 45 blanca, dulce al paladar de los bebedores; 46 no contendrá embriaguez ni se embriagarán de ella 47. Tendrán vírgenes de mirada recatada, con ojos como huevos de avestruz semiocultos. 48. Se acercarán unos a otros interrogándose». Así se lee en «La familia de Imran», azora III, aleya 27 del *Corán* (1980: 396-397).

Los grandes escritores y teóricos políticos del Renacimiento no tenían mejor opinión de las mujeres y siempre se mantienen en guardia en relación a su capacidad para engañar, mentir, tentar a los hombres, es decir, a su propensión a ser como Eva, prácticamente responsable de todos los males de la humanidad. En general, insisten en la necesidad de mantenerlas a raya, con una educación **diferenciada** de la que reciben los varones.

Michel Eyquem de Montaigne (1533-1592) incluye en sus *Ensayos* una carta a la señora Diana de Foix, Condesa de Curzon, en la que se refiere al mejor preceptor para educar a los niños, coincidiendo con su muy admirado Sócrates y luego con Arcesilao, que dejaban hablar primero a los discípulos y luego hablaban ellos, pues «quien a otro sigue, no sigue nada ni encuentra nada, ni siquiera busca nada» (Ibíd.: 106). Es una carta de 30 páginas en la cual no hay la menor mención al educador y los contenidos que el educador debería privilegiar para instruir a una niña, lo cual sí hizo Sócrates en *La República* (música y gimnasia) y, sin embargo, él reconoce al comienzo de la carta que la señora condesa que le ha solicitado consejo ha «saboreado las dulzuras de la ciencia y sóis de una raza letrada» (T.1, 1984 : 105), lo cual debe haber resultado de una educación particular de la que Montaigne no dice nada.

Al igual que en Montaigne, el tema del descubrimiento de América es recurrente entre escritores de ficción y ensayistas políticos renacentistas. Ciertamente y como dice Vanessa Redgrave a su hija Joely Richardson en el capítulo 1 de la serie de 2012 *Shakespeare Uncovered*, no todas las mujeres son volubles y al final sumisas como la fierecilla domada (En *La doma de la bravía*) y, a veces con el recurso del hermano gemelo, varios personajes femeninos demuestran igual don de discernimiento de los problemas y la misma o mayor capacidad de mando que sus hermanos y otros hombres a cargo de diversos negocios, como podemos comprobar en *Noche de Epi-*

fanía y *Como gustéis* y, agregaría yo, *Las alegres casadas de Windsor*, pero cuando Gonzalo, consejero de Alonso, el Rey de Nápoles en *La tempestad*, la última obra de Shakespeare, dice a sus contertulios náufragos como él, cómo sería su república ideal, dice que sería una en la que «todos los hombres estarían ociosos; y las mujeres también, que serían castas y puras» (W. Shakespeare, 1951: 37), todos seríamos gente como la que seríamos en el cielo agustino, del cual caerían los alimentos, digo yo, tal cual decían algunos cronistas que éramos en el Caribe, antes de que ellos llegaran.

Sigamos con el Renacimiento. Cuando Sancho Panza habla del gobierno que dará a su isla de Barataria en el *Quijote*, resume que consistirá «en premiar a los virtuosos y, sobre todo, tener respeto a la religión y a la honra de los religiosos» (M. Cervantes y Saavedra, 1968: 279) y el papel de las mujeres será el de siempre, dice, porque «la doncella honrada, la pata quebrada y en casa y la mujer y la gallina por andar se pierden aína; y a la que es deseosa de ver, también tiene deseo de ser vista: no digo más» (Ibíd.: 310).

Nicolás Maquiavelo le recuerda a Lorenzo de Médicis en *El príncipe* que la fortuna es mujer y que «para subyugarla hay que pegarla y llevarla por delante, que antes se deja vencer por los impetuosos que por los que fríamente proceden. Por eso, y también como mujer, es amiga de los jóvenes, que no son tan circunspectos y sí más emprendedores y mandan con más audacia» (N. Maquiavelo, 1970: 96).

Rafael Hitloday le cuenta a su amigo Tomás Moro, canciller de Enrique VIII y autor del libro, que en la isla *Utopía* ha visto que las mujeres, como aconsejaba Sócrates, hacen servicio militar para acompañar a los hombres, no para dirigir u opinar sobre tácticas y estrategias; y que hombres y mujeres se dedican, en tiempos de paz, a la agricultura y tienen, además, un oficio, sólo que las mujeres se dedican a la aguja y el hilo y los hombres a trabajos más pesados. Otro detalle es que el trabajo doméstico le corresponde sólo a las mujeres que, al igual que niños y bienes, son propiedad del padre de familia, único autorizado para castigarlos y confesarlos. En *La ciudad del sol* de Tomaso Campanella hay un jefe temporal y espiritual, Hoh, el Metafísico, que tiene 3 adjuntos: Pon, Sin y Mor (Amor); el último tiene a su cargo todo lo referente a la procreación y a la educación. Aquí también se sigue la recomendación de Sócrates en cuanto a que bienes, mujeres y niños son comunes de manera de evitar la competencia, la intriga y el delito. Hombres y mujeres hacen servicio militar y todos «se coeducan en todas las artes» por etapas, como recomendaba Sócrates, sólo que se coeducan en artes distintas: «Los trabajos que pueden hacerse estando de pie o sentado (como tejer, hilar, coser, cortar el pelo, afeitarse, preparar drogas y confeccionar toda clase de vestidos) conciernen a las mujeres,

pero les está prohibido trabajar la madera y fabricar armas» (T. Campanella, 1976: 157). Y en cuanto al entrenamiento militar es, como en utopías anteriores, para que sean buenas «soldaderas», tipo Adelita mexicana, nunca soldadas. Desde luego, el trabajo doméstico está en manos de las mujeres y los más jóvenes, con la supervisión de los ancianos que, además, son los maestros de los niños hasta los 3 años. En *La Nueva Atlántida* de Francis Bacon la sociedad ideal es más rígida, vertical y excluyente de las mujeres que las propuestas por Moro y Campanella, que ya es mucho decir; incluso, en los actos públicos la mujer del jefe de familia llamado Tirsán está detrás de él y se oculta tras un paraban de cristal tallado (F. Bacon, 1976: 255).

Es con la Ilustración que comienza a pensarse a las mujeres como sujetos de los mismos derechos que tienen los hombres. Y lo hacen las mismas mujeres y unos pocos hombres, pioneros de lo que hoy podemos llamar feminismo. Uno de esos hombres es François Poulain de la Barre, señalado por Celia Amorós como autor del primer libro feminista escrito por un hombre en la producción teórica que hace énfasis en el punto de que, sin una educación igualitaria de niñas y niños, no hay la menor posibilidad de igualdad. Esa producción es profusa especialmente en el siglo XX, hasta que una nueva reivindicación desplaza a la educación como prioridad, ya que en la mayoría de los países donde se producía la teoría feminista y la organización de las mujeres era más activa, la educación mixta era una realidad después de la segunda guerra mundial. El nuevo énfasis estaría, como está hoy, en el derecho de las mujeres a controlar su cuerpo y su sexualidad, esos derechos que en la jerga de NNUU comenzaron a llamarse en los años 90 del siglo XX «derechos sexuales y reproductivos», muy difíciles de alcanzar puesto que se topan con las confesiones de todas las iglesias en defensa de lo dicho en los libros sagrados escritos hace siglos.

Pero volvamos al punto de la educación como reivindicación central de las y los feministas desde el siglo XVIII.

Se dice que Jean-Jacques Rousseau escribió en 1762 el Libro V de *Emilio o la educación* como una respuesta a la revolucionaria tesis de François Poulain de la Barre (1647-1723) en *De la educación de las damas* (1674), pero no hay evidencia de ello. Lo que sí está claro, porque la autora lo declara en su texto, es que al libro V del *Emilio* de Rousseau debemos el primer libro feminista escrito por una mujer que vivió los primeros años de la Revolución Francesa en París y, sin duda, conoció la propuestas de Olympe de Gouges y del diputado Condorcet sobre la urgencia de una educación igualitaria y gratuita para niños y niñas francesas: se trata de

Mary Wollstonecraft, quien en 1792 escribió su *Vindicación de los derechos de la mujer*. El éxito hasta hoy de las ideas de J. J. Rousseau sobre la necesidad de una educación **diferenciada** de niños y niñas por razones presuntamente «naturales» ha sido, lamentablemente y sin duda alguna, mayor que el de Wollstonecraft, pero fue ella la que marcó la pauta de la prioridad de la educación **igualitaria** entre todas las vindicaciones de las mujeres, en todas las y los teóricos feministas de los siglos siguientes. Por razones de tiempo sólo voy a citar una vez al señor Rousseau y, sólo con esta cita, se entenderá la reacción de Wollstonecraft: «Toda la educación de las mujeres debe ser relativa a los hombres. Agradarles, serles útiles, hacerse amar, (educarlos) cuando niños, cuidarlos cuando mayores, aconsejarlos, consolarlos, hacerles grata y suave la vida; esas son las obligaciones de las mujeres en todos los tiempos y esto es lo que desde su niñez se les debe enseñar» (s.f.: 200).

¿Cómo puede considerarse necesario aprender el arte de agradar cuando sólo puede ejercerse hasta cierta edad? ¿Qué pasa cuando la belleza languidece?, se pregunta Wollstonecraft. ¿Y qué se supone que deben hacer las mujeres que no se casan? Para ella la única alternativa es la educación. A las madres les recomienda seguir el camino opuesto al marcado por Rousseau si quieren «dar a su hija una verdadera dignidad de carácter» (1792/1977: 86). No deben creer que una muchacha es, «por naturaleza», coqueta y que hay un deseo vinculado al instinto natural de reproducción, que aparece antes incluso que una educación inadecuada le haya producido una imaginación calenturienta; eso es, entre otras cosas, poco filosófico. Igual sucede con la presunta inclinación de las niñas a jugar con muñecas y cocinitas; niñas y niños lo harían si se los dejara jugar juntos con libertad. Es increíble la claridad con la que Wollstonecraft plantea este asunto sobre el cual regresará Simone de Beauvoir en 1949, en *El segundo sexo*; y Elena Gianini Belotti en *A favor de las niñas*, en 1968, con la misma argumentación. Con estas dos autoras termino este recorrido sobre el asunto de la urgencia utópica por un mundo mejor con niñas que ya no sólo tengan, como en efecto tienen en teoría en Venezuela, acceso a la educación igualitaria, sino que se les garantice en la práctica que no abandonen la escuela antes de terminar la primaria para ocuparse de labores domésticas, como atender a los hermanos más pequeños; y que se formen a maestras y maestros de manera que esa educación no reitere los prejuicios sobre niños y niñas e incluya contenidos que les permita elegir y no sólo padecer la imposición de un «destino» único o privilegiado como madres solteras o acompañadas por un hombre «que las represente» socialmente.

La primera, Beauvoir, inspiradora de todas las teóricas feministas de la igualdad y de la diferencia que en el mundo han sido, hasta el día de hoy, con mucho conocimiento de causa sobre la experiencia del socialismo real que comenzó en 1917 en Rusia y se extendió a otros países de Europa del Este después de las dos guerras mundiales, concluye que la razón por la cual la liberación de las mujeres de los hombres en cualquier terreno y en cualquier sistema político ha sido más difícil que la de los negros y los trabajadores debido al vínculo amoroso que —al contrario de los esclavos con sus amos y los obreros con sus patronos— desde niñas sostenemos con nuestros padres, hermanos, novios, compañeros, maridos y líderes religiosos y políticos. Hasta ahora, agrega, los hombres han conseguido en las mujeres más complicidad que la que el opresor ha encontrado en otros oprimidos. Y, con mala fe, se sienten autorizados a decir que ellas han querido el destino que les ha sido impuesto (por la educación, por la sociedad), haciéndoles creer que ese es su única salida, «este es el peor crimen que se comete contra ellas» (T. 2. 1949/1977: 508). A la mujer se la educa para que no desee asumir su existencia por sí misma sino por el hombre, por su familia y por sus hijos. Por eso no basta con cambiar las leyes y las instituciones, hay que «cortar cabezas» como decíamos en la Escuela de Letras de la UCV durante la renovación de 1969, «cortarlas» metafóricamente, esto es, «desplazar» en nosotras las ideas que otros urdieron para sostenernos en el carril que les conviene. Los niños y niñas deben hacerse púberes y adolescentes en un mundo andrógino y no exclusivamente masculino, donde el hombre se les presenta como un semidiós y no como un amigo o compañero. Ya el psicoanálisis, dice Beauvoir, ha instruido un poco sobre esto a los padres y madres, pero eso es insuficiente para crear un entorno andrógino, que —por cierto—no significa que el mundo se haga unisexo; la diferencia sexual debe sostenerse pero sin que ello sea la excusa para la subordinación de un sexo por el otro.

Sobre ese entorno nuevo se refirió en tiempos de renovación universitaria en Europa (1968) una educadora, creadora de las escuelas Montessori, Elena Gianini Belotti, quien analiza el peso que tienen los juegos, juguetes y la literatura infantil en la inmersión de niños y niñas en el mundo masculino al que se refiere Beauvoir, no sólo en las casas sino en la educación preescolar (hogares de cuidado y otras alternativas) a los que, cada vez más, las madres están forzadas a dejarlos mientras se ganan la vida. En esas escuelas y hogares de cuidado encontramos sólo a mujeres no siempre preparadas para su tarea y siempre muy mal pagadas; en ellas confiamos la primera etapa de la educación de niños y niñas. Ellas son el modelo adulto, distinto al de los padres, al cual imitar y con el cual identi-

ficarse. ¿Por qué no hay hombres en los preescolares? se pregunta Gianini y responde que es porque la profesión está feminizada como otras de asistencia y porque los mismos estudiantes de educación comparten el prejuicio de que sólo las mujeres tienen el instinto de cuidado. No recuerdo a quien le oí o leí que el día que la profesión de maestro de escuela, incluido el de preescolar, sea bien remunerada, se considerará exitosa y los hombres querrán hacerla más. Igual se pensaba antes, dice Gianini, de las profesiones de obstetra y pediatra y se superó. Lo deseable, lo dice ella porque es su especialidad, es una pareja mixta de asistentes por grupo, que realicen todas las tareas por igual; así, el maestro podría representar una alternativa al padre que no tienen o que ven poco o sólo los fines de semana y también una alternativa a la madre que los sobreprotege pero también los reprime y que las maestras duplican. En fin, «Que un hombre, ser fascinante y prestigioso a sus ojos, se ocupe finalmente de ellos, los estimula, los llena de orgullo, aumenta la estima que tienen de ellos mismos y por lo tanto los equilibra. Para las niñas (...) considerando la relación decepcionante que tienen con su propio padre, que las excluye de su mundo masculino (la) presencia masculina en la escuela materna podría ser mucho más estimulante y poner en movimiento a quien no se le ha permitido un desahogo» (1980: 154).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bacon, F. (1976). La Nueva Atlántida. En: Moro, Campanella, Bacon. *Utopías del Renacimiento*. Bogotá, FC (Col Popular, 121).
- Beauvoir, S. (1949/1977). *El segundo sexo*. 2 tomos. Buenos Aires, Siglo Veinte.
- Campanella, T. (1976). La imaginaria Ciudad del Sol. Idea de una república filosófica. En Moro, Campanella, Bacon. *Utopías del Renacimiento*. Bogotá, FCE (Col. Popular, No. 121).
- Cervantes y Saavedra, M. (1968). *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. T.2. Barcelona, Ed. Zeus.
- El Corán* (1980). Barcelona, Plaza y Janés S.A.
- Espina, G. (1991). *Mujer y utopía*. Caracas, Cendes, UCV.
- _____ (2012). *Ahora es que falta. Después de 222 años de feminismo*. Caracas, CEM-UCV.
- Gianini, E. (1980). *A favor de las niñas*. La influencia de los condicionamientos sociales en la formación del rol femenino en los primeros años de vida. 2ª ed. Caracas, Monte Ávila Editores.

- Maquiavelo, N. (1970). *El Príncipe*. 12ª ed. Madrid, Espasa Calpe S.A. (Col. Austral, 69).
- Montaigne, M. (1984). *Ensayos*. 3 tomos. Barcelona, Orbis (Col. Historia del pensamiento, 22).
- Moro, T. (1976). Utopía. En Moro, Campanella, Bacon. *Utopías del Renacimiento*. Bogotá, FCE. Col. Popular, 121).
- Pardo, I. (1983). *Fuegos bajo el agua. La invención de la utopía*. Caracas, Casa Bello.
- Platón. (1973). *La República*. 11ª ed. Madrid, Espasa Calpe S.A.
- Rousseau, J. (1762/s.f.) *Emilio o la educación*. T.2. París, Garnier Hermanos Libreros Editores.
- Shakespeare, W. (1951). *La tempestad y La doma de la bravía*. 4ª ed. B.Aires, Espasa Calpe S.A. (Col. Austral, 116)
- Wollstonecraft, M. (1792/1977). *Vindicación de los derechos de la mujer*. Madrid, Debate.